

Obra protegida por derechos de autor

# EL MORISCO DE ANNUAL

José Jiménez Gómez-Chosly



Obra protegida por derechos de autor

## *El Morisco de Annual*

**J. J. Gómez-Chosly**

**Inscrito en el Registro Central de la Propiedad Intelectual con el número ML-06-2013, a nombre del autor.**

*Portada propiedad del autor*

**DEDICATORIA:**

*Al Pueblo de Melilla, por la valentía demostrada durante siglos.*

*A mi padre, que me contó algunas de las escenas reflejadas sobre la Guerra Civil.*

*Al teniente coronel de la Guardia Civil, Martín Villaseñor; al subteniente Martín Rivera y al cabo mayor Pedro Guerrero.*

*A mis compañeros Guardias Civiles de Melilla, por salvar vidas humanas y por el esfuerzo diario.*

“Índice”

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPITULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

## INTRODUCCIÓN

Debía tener unos ocho años cuando, por primera vez, oí la palabra Gurugú. Fue mi abuelo, durante una de las veladas en las noches de invierno junto a la chimenea, contando sus historias sobre “los moros”.

Años más tarde fui testigo de una conversación entre varios ancianos. Uno de ellos contaba algo relacionado con la Guerra de Marruecos. No recuerdo exactamente su relato, pero la expresión “desastre del 21” me quedó grabada en la memoria para siempre.

Durante mi época de estudiante, profesores de la talla de Enrique López de Coca, catedrático de la Universidad de Málaga, y otros de reconocido prestigio, como Antonio Nadal o Sebastián Fernández, por nombrar algunos, desplegaron páginas históricas a las que asociaban nombres relevantes de nuestro pasado, y aunque el alumno, como tal, jamás llegó a la altura de los maestros, supo sacar provecho de su relación con personajes tan señalados e incrementar, así, sus conocimientos. Sin embargo, las palabras “gurugú” y “desastre del 21” siguieron ocupando su sitio, no fueron olvidadas ni desplazadas.

Quiso la causalidad que me tuviera que trasladar a Melilla, hace más de una década; desde entonces soy vecino de la ciudad (evito pensar en el momento que me vea obligado a despedirme de ella).

Una de las primeras cosas en las que se fijan los recién llegados es, precisamente, el monte Gurugú; centinela eterno y espejo ineludible donde se miran a diario los melillenses, para quienes el monte forma parte de Melilla, pese a encontrarse en territorio marroquí. Al mensaje visual le sigue el coloquial; porque no ha de tardar mucho en escucharse alguna palabra relacionada con cualquiera de las

guerras sostenidas con los vecinos rifeños, que no con Marruecos.

El melillense no se muestra muy efusivo para dar la bienvenida. Ello confunde bastante a los visitantes, que suelen interpretarlo como una señal de rechazo, y se forman la idea de encontrarse ante una sociedad cerrada al forastero. Nada más lejos de la realidad: enseguida se dan cuenta de que no existe otro Pueblo en el Mundo más tolerante que el de Melilla, donde la convivencia, la verdadera convivencia, es un sentimiento natural, más que un hecho; donde cristianos, musulmanes y judíos, hindúes y gitanos, militares y civiles se relacionan con naturalidad, sin que ello suponga ningún esfuerzo para nadie. Quizá sea ese espíritu de tolerancia el que confunda a los extraños, cuando interpretamos como frialdad la ignorancia que parecen mostrar. Debemos preguntarnos si existe, acaso, mayor muestra de respeto que cruzarse con alguien sin que te recuerde tu condición de extraño, porque ese alguien no se ha fijado en ti cuando pasaba por tu lado... Con el tiempo aprendes que esta y no otra es la mejor forma de hospitalidad.

Vivir en Melilla es revivir la Historia. También es vivir entre dos mundos diferentes y distantes entre sí, pero que las personas que habitan esta ciudad conocen muy bien: El melillense se siente más español que nadie; ama a España, también, más que ningún otro; pero al mismo tiempo tiene un sentimiento de hermandad con el Rif y una Historia en común con los rifeños.

En Melilla hay que adaptarse a las prácticas habituales de los nativos, que remedio; tienes que visitar lugares como Alhucemas, Caria, Ifran o el desierto; formar parte de las excursiones organizadas para visitar alguno de los lugares donde ocurrieron hechos imborrables de nuestro pasado reciente: Annual, Igueriben, Abarrán o El Zoco el Telatzta de Abu Beker y llegarte a los pueblos y ciudades donde

nacieron o se criaron muchos de nuestros vecinos, ya mayores.

A lo largo de trece años he podido visitar alguno de los lugares relacionados con las guerras, lo que ha influido, sin lugar a dudas, en mi forma de pensar.

España ha sostenido varias contiendas con los marroquíes en los siglos pasados; pero es sin duda la llamada Guerra del Rif o Guerra del Veintiuno (1.921-1.927), la que más me ha llamado la atención y la que, a mi juicio, más ha influido en la historia reciente de nuestro país.

No se le dio antes, ni se le da ahora, la importancia que, para los españoles, tuvo este conflicto. Ni tan siquiera se trata de cuantificar el costo que, en dinero o en vidas humanas, supuso en aquellos momentos, sino las consecuencias futuras. Toda una cadena de acontecimientos se fueron sucediendo a raíz del desastre, sin que nadie fuera capaz de evitarlos; al contrario, cualquier medida encaminada a mitigar los daños o aclarar lo ocurrido, no hizo sino agravar la situación.

Con la intención de ganar tiempo y a la espera de que la situación de la calle fuera mejorando, el gobierno encargó la confección de un informe al general Picasso. Cuando este viera la luz, pensaban, las cosas habrían cambiado y nadie se acordaría ya de lo ocurrido. Eso era lo normal en España, donde todo se suele hacer de la manera que resulte más favorable para los que mandan. Pero una vez más volvieron a errar; un nuevo traspiés, que se sumaba a los anteriores. Por un lado, el país seguía colapsado en todos los aspectos, y el descontento de la población, lejos de mejorar, se hacía cada vez más evidente; por otro, las noticias que llegaban del informe hacían pensar que Picasso estaba llevando la investigación por un camino muy diferente al previsto: se esperaba que el Rey escapara limpio de cualquier crítica; que los políticos y los generales salvaran su responsabilidad y que soldados y oficiales cargaran con las

culpas. Las filtraciones alertaron a todos, particularmente al monarca, y a tal punto pareció llegar la cosa, que pocos días antes de que la resolución viera la luz en el Congreso, el Rey hizo llamar al Capitán General de la Región Militar de Cataluña, Primo de Rivera. Según dicen algunos, para que le salvara la situación.

Por una vez, las cosas se habían hecho de forma diferente a la esperada, y ello, en una nación como esta, era demasiado peligroso; y es que, según parece, Picasso no dejó títere con cabeza, repartiendo responsabilidades desde las más altas esferas del poder.

El expediente pudo ser o no el desencadenante del "Golpe de Estado" y el Rey estaría, o no, de acuerdo con que se llevara a cabo, pero lo cierto es que a este le solucionó la situación, de momento.

No es mi intención recordar lo que sucedió a continuación, en cuanto al rumbo que tomó el país (ni me interesa), solo haré mención a la proliferación de partidos políticos de corte republicano e izquierdista, que tanta importancia iban a tener en lo que aconteció después. El rey, que olvidó pronto el favor que le había prestado Primo de Rivera, consideró que vendría mejor a sus intereses acercarse a los políticos y prescindir del militar antes de verse arrastrado en la caída. En realidad ocurriría así, pues cuando se produjo el "borbonazo", la suerte estaba echada también para él. Lo que ocurrió al poco tiempo, es conocido por todos; pero no quiero pasar por alto una cuestión: La mayoría de los militares que intervinieron en el levantamiento del año 36 habían estado relacionados con la Guerra del Rif, y muchos de ellos eran supervivientes de Annual.

Lo primero que pensé cuando visité la colina es que allí se había gestado la actual Historia de España, aunque estaba seguro que si le preguntamos a los políticos actuales, muchos de ellos no habrá oído nunca ese nombre.

Fue allí donde se me ocurrió escribir algo; pero qué podía contar: un tratado de Historia, no, desde luego; no solo personajes como Juan Pando se han interesado por el tema y han logrado sacar a la luz obras incomparables, sino que en la misma Melilla tenemos personas y asociaciones que investigan y trabajan incansablemente para intentar aclarar muchas de las incógnitas que aún persisten. Es admirable el grado de compenetración que observo entre estas personas y el estamento militar, que aúnan conocimientos y esfuerzos.

Pensé que sobre lo ocurrido se podían escribir centenares de relatos; pues las situaciones vividas podían ser contadas de mil formas diferentes.

Opté por escribir una novela; género que te permite compaginar situaciones vividas con otras que pueden haber ocurrido o no; que hace posible la convivencia de personas reales con otras inventadas. Pero la libertad que te ofrece este tipo de obras no significa que se pueda falsear la verdad, si lo que se quiere contar ocurre dentro de un contexto determinado.

“El Morisco de Annual” pretende revivir algunas de las situaciones ocurridas en la Guerra de Marruecos y en la Guerra Civil Española: En ella conviven personajes verdaderos e inventados; hechos auténticamente vividos, con otros imaginados. A veces, personas inventadas protagonizarán hechos históricos, publicados o no; otras, son los personajes reales los que intervendrán en acciones que nunca tuvieron lugar. También, claro está, hazañas ficticias protagonizadas por nombres de ficción, junto a casos de personas y hechos históricos.

Melilla, febrero de 2013.

## CAPÍTULO I

Hacia cuatro meses que Francisco Gómez Gómez había llegado a Melilla, donde se había incorporado a su destino como soldado de infantería.

Recordaba como embarcó en el puerto de Málaga; había sido de los primeros en subir al destartalado buque. Aquel día, en medio del desorden, consiguió aislarse de los demás, que se apiñaban en la zona de popa, más próxima a la multitud de personas que gritaban despidiéndose de quienes había sido obligados a tomar el barco. Él no tenía a nadie allí abajo; por eso, como de costumbre, se entretenía en roer la punta del palillo de hinojo. Fumaba poco, pero había adquirido la costumbre de llevar siempre algo en la boca, preferentemente hinojo; y si ello no era posible, cualquier otra cosa le valía. A su lado, un tipo rubio con cara de bonachón, espeso y poblado bigote, parecía distraerse mientras lo contemplaba.

Francisco se había dado cuenta; él siempre se daba cuenta de todo, pero hizo como que no se había percatado.

-¿Tu no lloras, malagueño? –El rubio no pudo aguantar por más tiempo.

-¿Llorar...? Por primera vez en mi vida no tengo nada que hacer, Silvestre ¿Crees que tengo motivos para llorar?

El otro se encogió de hombros antes de continuar hablando.

-No se... Como veo quejarse a todo el mundo.

-Yo creo que el que llora es porque tiene algo que perder: novia, padres, tierras... Algo, vamos. Me quedé sin madre con cuatro años, y empecé a trabajar con seis; desde entonces solo he tenido eso, trabajo. Bueno, trabajo,

palos y hambre; aunque de lo último me liberé pronto, la verdad. Tú tampoco pareces llorar -Cambió el rumbo de la conversación.

-He tenido mil Kilómetros para hacerlo; ya me he quedado sin lágrimas. Además, esta despedida no es la mía, es la de los andaluces.

-¿Por qué te llaman Silvestre, asturiano?

-Según dicen por ahí, me parezco a un general que se llama así -contestó.

-Veo que no te acompaña ningún paisano.

-Vengo con los de Cuenca. Trabajaba en el monte, talando pinos, y me hicieron soldado allí. ¿Y a ti por qué te llaman el Zorra? -Preguntó a su vez.

-Te has debido confundir, el Zorra es otro recluta de mi pueblo -Mintió, a sabiendas de que el otro no tragaría.

-Ahora lo comprendo -El asturiano pareció quedar satisfecho con la contestación. Solo lo pareció.

La cubierta se fue llenando de gente, la mayoría reclutas, que intentaban alejarse lo máximo posible de los vociferantes cabos. El llamado Zorra no se había movido del sitio; con los ojos medio cerrados y el sempiterno palillo en la boca, contemplaba el espectáculo que se le ofrecía a la vista: campesinos envejecidos y achicharrados por el sol y obreros de la construcción a los que aún no se les habían cerrado las grietas provocadas por la cal, formaban el grueso de personas; junto a ellos, algún mozalbete aniñado y lloroso que veía con horror como la franja de agua iba creciendo junto al costado del barco. En el puerto, el gentío comenzó a disgregarse al tiempo que los pañuelos dejaban de ondear al aire.

-Malagueño, tengo un hambre que me muero ¿Cuándo crees que nos darán algo de comer?

-Posiblemente cuando llegamos a Melilla. Échate a dormir antes de que te quedes sin sitio. Mientras estés dormido no pensarás en el rancho. Además, sería comida desperdiciada: pronto empezarán los vomitajos.

-¿Tú crees?

-Seguro, no tardará mucho; en cuanto salgamos de la bocana. Vayámonos de aquí si no quieres que te perfumen el traje. Esto se ha puesto muy concurrido.

La inmensa mayoría de las personas que ocupaban la cubierta no había navegado nunca. Al segundo bandazo, algunos rostros comenzaron a cambiar de color y el doble de ojos a bailar en las respectivas órbitas. Todo era cuestión de tiempo: la primera arcada desencadenaría la cascada de malolientes lentejas y trozos de naranja sobre las sufridas tablas de la cubierta. Los cabos habían desistido de transformar aquel grupo de desgraciados en un batallón de húsares y se habían retirado, sabiamente. Ya eran veteranos...

-¡Temblad, moros! -El Zorra se batió en retirada, justo a tiempo. El norteño le siguió los pasos con el escuálido petate sobre el hombro izquierdo.

-No sé por qué te sigo, malagueño; mira que tienes mala vela.

-Porque abrigas la esperanza de hincarle el diente a mi queso -sentenció.

-No seas mal pensado, hombre; sabes que no me caes mal.

-También es cierto -aseveró el astuto y diminuto malagueño.